

mejor que el forastero fijó la vista en ella. Pudo ser esto casualidad una vez, dos veces, si se quiere; ¿pero tres, cuatro, y diez, y ciento y á cada instante mientras el sermón, como realmente sucedió, bien visto por ella con el rabillo del ojo, y por Marcos, que andaba con los suyos, llenos de ira, desde la puerta de la sacristía al caballero del altar mayor? ¡Cuidado que para notar lo Marcos, debió de ser mucha la tenacidad del otro en mirarla! Pues así y todo, podía explicarse el suceso por no haber en la iglesia otra mujer del porte de ella, ni tan... guapa precisamente, no, pero tan bien conservada á la sombra; y con la idea de pasar mejor el rato, dando un poco de entretenimiento á los ojos... Sin embargo, ella no pudo menos entonces de acordarse de Isidoro, y de comparar al otro con él. Allá se iban en estampa, aunque Isidoro tenía la ventaja de algunos años de menos, no muchos. En lo demás, no podía decirse nada: no conocía *por dentro* al del altar mayor; aunque, á juzgar por lo que se le traslucía en los ojos y en el aire, no era el sujeto para que, sin más ni más, le hiciera ascos una mujer como la rica Amparo de la novela. Una duda la había asaltado de pronto: ¿sería casado ó soltero? Y otra duda en seguida: si era casado, ¿cómo se atrevía á mirarla á ella de aquel modo? Y como reflexión final sobre estas dudas y

sus causas, ¿qué la importaba á ella que el caballero del altar mayor fuera soltero ó casado, ó valiera más ó menos que Isidoro, si, una vez terminada la misa, cada cual se iría por su camino, y si te he visto no me acuerdo?

En este temple de ánimo, por lo tocante al forastero, había salido de la iglesia.

Apenas llega á casa y se asoma al balcón, el caballero en la calleja; y pocos momentos después, el caballero en la sala, á su lado. Tuvo ocasión entonces de examinarle bien escrupulosamente. Su cutis era sano y terso, aunque estaba un poco tomado del aire y del sol; sus labios, húmedos y de color de rosa; sus dientes, blanquísimos, no grandes y muy apretados; sus ojos, vivarachos y muy *reparones*; las manos, regulares y bien cuidadas; la voz, de buen sonido y con unas caídas muy dulces y algo extrañas para ella; la ropa, finísima; el calzado, primoroso; los puños, el cuello y la pechera de la camisa, como los ampos de la nieve... y un olor cada vez que se movía ó sacaba el pañuelo del bolsillo, ¡un olor!... como el de la yerba segada, y el de la madre selva de los callejos, y el de la mejorana, todo junto. Pues de buenas á primeras, aquel caballero la llama «hermosa señorita.» ¡Qué exageración! ¡Así se puso ella de aturdida, y, á juzgar por el calorazo que sintió de pronto, de encarnada! Pero

¿quién sería él y á que iba allí? ¡Qué ansiedad la suya por averiguarlo! Al fin lo dijo todo, ¡y con qué soltura y gracia! Y no parecía sino que cuanto iba diciendo lo decía para ella más que para su padre. Otra cosa rara: no se desencantó cuando supo que el elegante caballero se llamaba Tomás Quicanes, y era de Nubloso y sobrino del Mayorazgo de Robleces, y que antes de ser lo que era, había sido un muchachuelo pobre, embarcado de limosna, por su tío, para la Habana. Y eso ¿qué? Bien mirado, más valía así; porque, en el fondo, todos resultaban unos. Lo de la compra de la casa, de pronto la sobrecogió, porque conocía á su padre y le creía muy capaz de vendérsela si el otro se la pagaba bien; pero después, ya fué cosa muy distinta. ¡Qué luego la leyó en la cara el disgusto, y con qué finura la curó de él al instante! Al ser invitado á comer, la miró á ella, como si la pidiera la respuesta que debía dar; y ella entonces, sin poder remediarlo, le animó con los ojos á que se quedara. ¿Lo comprendería él así? El hecho fué que se quedó, sin necesidad de nuevas instancias.

Ya en la mesa, ¡qué desembarazo el suyo y qué soltura tan agradables para todo! ¡Qué bien refirió su vida y sus viajes, y qué curioso y entretenido era todo aquello que contaba de las gentes de por allá fuera! ¡Cuánto había visto,

cuánto sabía, y cómo le agradecía ella las atenciones que la dedicaba durante el relato, que también parecía hecho para ella sola! De pronto se enreda Marcos con él... ¡Qué bruto, qué bruto estuvo Marcos entonces! ¡Qué modo tan soez de acometerle sin qué ni para qué! Porque ¿qué sabía el estudiantón de Lumiacos de aquellas cosas tan lejanas? ¿Quién le metía á él en camisa de once varas? Pero no iban por ahí los pensamientos ni las intenciones de Marcos al hacer lo que hizo. Marcos estaba despechado, herido, celosote... ¡Qué horror! ¡Dónde tuvo ella los ojos y el sentido común para no ver ni apreciar lo que debió haber visto y apreciado desde el primer día? ¡Cómo pudo estimar por sabio á aquel mastuerzo, ni tolerarle en calma la confesión que la hizo, ni firmar paces con él en seguida, cuando debió haberle plantado en el corral? Con todo, no la pareció bien la crueldad con que le había tratado su padre. La lección del indiano, ¡esa sí que había sido fina y al alma! Y ¡qué contraste formaban los dos, Virgen María, á pesar de estar Marcos de ropa nueva y camisa limpia!... Porque si llega á sentarse á la mesa con el vestido sucio de todos los días, con las manos roñosas y las uñas negras, hubiera tenido que ver... como cuando la guiaba á ella la pluma... y la declaraba su amor... ¡qué barbaridad! ¡qué abominación y qué vergüenza!...

Fué donosa la manera de cortar el agudo convidado la porfía: brindando y obligando á Marcos á brindar por ella. ¡Qué porrazos la dió entonces el corazón en el pecho, y qué llamaradas de fuego la subieron al rostro! No se atrevía á mirar al indiano, que parecía tener saetas en los ojos, fijos en ella... Pero el apuro gordo fué cuando lo del arroz con leche: ¡salirle con la que le salió, cuando ya tenía el plato en la mano para dárselo!... No porque á ella no la gustara, y mucho, la condición que él la imponía, sino porque hay que estar muy hecha á esas cosas para que... sobre todo delante de gente. Tras este apuro, el de la cucharada, ¡que fué de prueba también!... Se acercaba el instante de levantarse todos de la mesa. Y después ¿qué sucedería? Cada cual se iría por su lado; ¡y fuera usted á saber cuándo se vería ella en otra semejante! Esta consideración la apenaba: no lo podía remediar. De pronto se le ocurre á él lo de ir todos juntos á la procesión y á la romería. ¿La adivinaba los pensamientos á ella; se los leía en la cara, ó era todo una casual y simple coincidencia de deseos?... ¡Con qué gusto, después de dar unas vueltas por la cocina (donde ya estaban comiendo los criados bajo la presidencia de Romana que echaba lumbre por los ojos, mientras su sobrino la aguardaba dando vueltas por

el carrejo, hecho una turbonada de estío), y después de recoger los cubiertos de plata, se encerró en su cuarto para acicalarse de nuevo y aguardar la hora convenida con él!... Durante este tiempo, que le pareció interminable, examinando bien despacio todo lo ocurrido, concluyó por convencerse de que todo lo que la pasaba podía pasar sin otras consecuencias que aquellas sensaciones y aquellas inquietudes que la estaban desconcertando y jamás había conocido. Esto, por lo tocante á ella. Por lo tocante á él, quizá estuviera entonces tan fresco como una lechuga. ¿Hacía bien ó mal en dejarse llevar de aquellas impresiones, como una boba?

Precisamente estaba haciéndose esta pregunta cuando la avisó su padre que era ya hora de ir á la iglesia. Dejó la respuesta para otra ocasión, y salió.

Aunque algo cortada, se complacía mucho en que las gentes la vieran acompañada de aquel caballero que tanto llamaba la atención; y se conmovió hondamente, hasta ponerse colorada, cuando oyó decir á una mujeruca que pasó á su lado: «¡Vaya que aparean de veras los dos, y campan á cuál que más!» Después no había vuelto á ocurrir cosa de particular, hasta que, á instancias de su acompañante, le contó los amores de Pilara y Pedro Juan... y la

dijo él lo que la dijo, tomando pie de la simple y breve historia, y hasta del dicho de la mujeruca cuando pasaba junto á los dos... Y aquí, aquí estaba lo nuevo, lo singular, lo hondo, la miga, la enjundia del caso del caballero del altar mayor en sus tratos y comunicaciones con ella, ó no había enjundia, ni miga, ni hondura, ni nada en el caso ni en el mundo entero.

—En primer lugar, me habló... Pero ¿cómo he de recordar yo todas aquellas palabras tan dulces y tan bien hilvanadas que me dijo?... En fin, á la substancia, que es igual. Comenzó ponderando mucho el poder de eso que llaman amor, que doma y entornece hasta los brutos... Y no lo dijo por Pilara y Pedro Juan precisamente, sino que fué á parar á ellos tomando el punto de más atrás: de las mismas bestias. Pintando ese amor como una necesidad en nosotros, llegó con la pintura á poner bien á las claras lo triste que era rodar por el mundo, á lo mejor de la vida, sin patria, sin familia y sin tener á quién amar, como le había sucedido á él. Atrévime yo entonces, con miedo, ¡con mucho miedo! á decirle que cómo podía ser eso, habiendo por allá mujeres tan guapas, según él mismo nos lo había asegurado en la mesa... A esto me respondió... ¡Vamos, es una lástima que no pueda yo acordarme de ello

palabra por palabra! porque en las palabras juntas estriba toda la hermosura de aquella comparación que me hizo entre las flores de trapo y las rosas de mayo, tan coloraditas y olorosas, que nacían y se criaban, por la mano de Dios, en los huertucos pobres de su tierra. En una de estas rosas, sin saber cuál, pensaba él siempre, y por ella suspiraba mientras andaba solo y descarriado entre las flores de trapo que tanto abundaban por esos mundos. Para recreo de los ojos y pasar el tiempo, aquellas mujeres, hermosas á fuerza de compostura y adorno; pero para lo otro, para lo que él llamaba necesidades de un corazón puro y honrado, la rosa colorada del huertuco de su tierra, que nace entre matas de alhelfes y de tomillo, y muy arrimadita á las hiedras de la pared... En fin, una mujer, por las trazas... como yo. Viendo que se callaba, atrévime otra vez; y bajo ¡muy bajo! porque la voz me temblaba y se me enronquecía, preguntéle que si, desde que estaba en la tierra, había encontrado... el huertuco (no tuve ánimos para decirle que la rosa) que tan de menos echaba andando por esos mundos de Dios. ¡Virgen María, lo que yo sudé entonces de vergüenza, temiendo haberle preguntado lo que no debía, en buena educación! Pero ¿cómo no preguntarle sobre ello ó sobre cualquier otro punto que viniera al

caso, si me estaba él sacando de la boca las palabras con los ojos? ¡Si yo no he visto un mirar como aquél, en los días de mi vida, ni un metal de voz semejante! ¡Podría jurar que aquellas palabras no me sonaban en los oídos, sino aquí, en lo hondo, en lo más hondo del pechol! Además, ó callarme, y eso no sería cortés, ó decirle la verdad de lo que estaba pensando. Y se la dije. Luégo, ya que lo de la pregunta no tenía remedio, me quedó el temor á la respuesta. ¿Cómo sería? No tardó medio minuto en dármele, y me pareció ese tiempo una eternidad. ¡De las palabras de la respuesta sí que me acuerdo bien!; y no porque fueron las últimas, sino porque... ¡qué sé yo? «No sólo he encontrado el huerto—me dijo,—sino la rosa, y no porque haya salido á buscarla, sino porque Dios me la acaba de poner en el camino.» Al oír esto, sentí como un temblor de los pies á la cabeza; no veía á la gente que tenía delante de los ojos, y el corazón me golpeaba sin cesar allá dentro, como ahora que revuelvo el caso en la memoria. Se calló un poco, mirándome mucho, y volvió á decirme: «Falta saber si Dios me ha puesto delante lo que tanto codiciaba yo, para mi fortuna ó para mi martirio, porque estoy casi seguro de no merecerlo...» ¿No era esto ponerme bien á prueba de tentaciones de declararle lo que no debía? Pues to-

avía me dijo más; me dijo: «¿Quiere usted saber en qué punto de la tierra he hecho ese hallazgo, cuando menos le esperaba?» Le respondí con los ojos, porque en mi boca ya no había voz, que sí quería; y entonces volvió á decirme: «Pues en Robleces.» ¡Dios mío! ya no fué temblor en todo el cuerpo lo que yo sentí, ni turbación de la vista: fué como un golpe en la cabeza, después de una gran sacudida en el corazón, que me robó hasta el conocimiento. Me aguanté á pie firme por un milagro de Dios. Por fortuna no dijo una palabra más: si la dice, creo que me muero. Al contrario, como tiene recursos para todo, porque ¡ahora sí que me atrevo á asegurar que no sólo puede compararse con Isidoro, sino que vale hasta más que él! dejándome en aquel estado, se volvió hacia mi padre y don Elías, y nos enredó á todos en una nueva conversación... Pero ¿soy yo la de Robleces? Y si no lo soy, ¿por qué me habló de ella del modo que me habló?

Este es el caso; y ahora, ¡Virgen María! ¿qué pensar yo de él? ¿qué pensar de lo que siento en mí, y que, por sentirlo, mirando hacia dentro con los ojos cerrados, parece que tengo acá un mundo para mí sola... y para él; pero un mundo mil veces más grande y más hermoso que el que vería si abriera los ojos y mirara hacia afuera? ¡Santa Patrona de mi alma, cómo

dolerá perder esto después de haberlo visto, aunque sea soñando, como puedo soñar yo ahora!

Le faltaba el golpe de gracia á la pobre Inés, y se le dió su padre entrando á *despertarla* en la solana, cuando ya anochecía, con la siguiente extraña comisión:

—Inés—la dijo en cuanto ésta se incorporó, hablándola muy bajo y muy arrimado á ella:—soy ya perro viejo, y huelo á largas distancias las perrerías de los demás. Tú eres pobre ¡muy pobre! para mantenerte de señora, porque tu padre no tiene más que un pasar para vivir como vivimos. Si el indianete ese resulta ser lo que aparenta, y, andando los días, te apunta deseos de casarse contigo, por mí no lo dejes. Pero entre tanto, ojo alerta, y no te fíes.

¡Hasta su padre le había coñocido las intenciones! ¡Qué mucho que dudara ella?



XXIII

CORRIDA EN PELO

CON el silencio, la soledad y las tinieblas de la noche, los pensamientos de Inés parecían una gusanera que le había invadido el cerebro. No la dejaron sosegar un punto. Levantóse con el sol, y para todo se halló distraída y perezosa, menos para acicalarse. El espejo la seducía; y mirándose y remirándose en él, maravillábase de que en tan breves horas hubieran empalidecido tanto los colores de su cara, y se hubieran convertido en acentuadas ojeras las dos levísimas nubes que antes parecían, más bien que manchas, sombra de sus pestañas espesas.

No había desaparecido aquel extraño y casi imperceptible temblor; sentía las mismas ansias de dilatar el pecho suspirando, de admirar la naturaleza en la luz del sol, en los pájaros del aire, en la hermosura del cielo, en las flores del campo y en el rumor de las arboledas; y de